

Introducción

La educación del carácter y la educación emocional son, hoy en día, desafíos muy grandes y urgentes, tanto para docentes como para padres de familia y todo aquél que se acerca al mundo de niños y adolescentes. El relativismo y hasta un cierto cinismo han logrado crear un ambiente altamente pragmático en el que parece que el único objetivo educativo que vale la pena es el de preparar a una persona para colocarse en el puesto laboral mejor pagado. En muchos programas oficiales los contenidos que no sirven para este fin son relegados a un nivel inferior: la educación del carácter y la emocional, entre otras, son ejemplos claros de esta descompensación.

Pero algo está cambiando, algo se está moviendo, en el mundo educativo. Es cada vez más evidente que la mayor capacitación técnica de las personas no asegura su “éxito” si, al mismo tiempo, no se ha prestado atención al desarrollo de todas sus dimensiones humanas. Educar el carácter y la correcta gestión emocional resulta cada vez más necesario. Palabras como virtud, fortaleza, habilidades para la vida y algunas otras, por años ignoradas en los procesos educativos formales, están regresando al lenguaje de los educadores y pedagogos. A estas hay que agregar algunas más

recientes, como educación emocional y afectiva, también cada vez más puestas en valor en los ambientes de la formación de niños y adolescentes.

En este contexto es oportuno recordar que la Antropología Filosófica y la Educación han tenido siempre una estrecha vinculación. Es innegable que las ideas sobre qué es educar y qué objetivos se deben perseguir cuando se educa derivan del concepto de persona humana. El estilo pedagógico, los fines y medios utilizados, los contenidos y demás aspectos del quehacer formativo están siempre marcados por esta concepción fundamental. Que hoy se hable más de valores, fortaleza del carácter o inteligencia emocional significa que se están empezando a manejar nuevamente ideas integrales y completas acerca del ser humano, de su presente y, sobre todo, de cómo es mejor que construya su futuro.

El presente libro gira en torno a la Pedagogía de la Integración de la Persona Humana (PIPH)¹, un enfoque educativo que busca dar fundamentos a un proceso de enseñanza/aprendizaje en el que se presta igual atención a las dimensiones corporal, emocional, espiritual y social de quien aprende, y que propone un camino que conduce hacia el *integrum*, es decir, que fomenta un equilibrio interior humano: la integración.

La Primera Parte se centra en desarrollar el significado de la palabra integración, un constructo cuyo uso está muy extendido y diversificado, ya que tiene una gran expresividad y claridad conceptual. Es una categoría que brinda muchas oportunidades en el campo de la pedagogía y al profundizar en ella se encuentra el tesoro que implica.

1. En gran parte del libro se utilizarán las siglas PIPH, una práctica más propia de artículos que de ensayos, pero que permite una lectura más simplificada y cómoda.

A fin de anticipar posibles equívocos, en esta parte se mencionan aquellas concepciones de integración que no están directamente relacionadas con la propuesta de este trabajo. Para mucha gente, la palabra integración es una categoría sociológica, relacionada tanto con los inmigrantes como con alumnos con discapacidad o con altas capacidades. Pero la Pedagogía de la Integración de la Persona Humana (PIPH) se refiere a algo un poco más personal, más relacionado con el interior de cada quien: no busca enseñar cómo integrarse en un grupo sino cómo trabajar la propia integración interior, el equilibrio personal.

La Segunda Parte trata sobre los fundamentos antropológicos, una manera de mostrar cuáles son esas ideas sobre el hombre que guían la exposición de esta pedagogía hasta cierto punto novedosa, pero que en realidad busca rescatar aportes de grandes pensadores. Para ello figuran como referencias principales tres filósofos del siglo XX: el español Leonardo Polo, el argentino Alberto Caturelli y la alemana Edith Stein. En Polo es cautivador el concepto de “acto de ser personal”. En Caturelli, el de integralidad. Y en Stein el de fuerza interior.

Una categoría propia, la de “modos”, facilita construir un esquema para estudiar filosóficamente la persona humana: el “modo metafísico”, relacionado con la unidad substancial de cuerpo y alma espiritual, y el “modo fenoménico”, referido a sus dimensiones biológica, psicológica, espiritual y social. Uno se centra en el ser, el otro en el actuar humano, y entre ambos se dan relaciones de causalidad y explicaciones de fondo. Ambos modos son, en sí mismos, una hoja de ruta para educar el carácter y el mundo emocional.

Concretamente el “modo fenoménico” es el que más atención recibe en esta Segunda Parte, en la que se desarrolla lo que se ha escrito en psicología respecto a la configuración de la personalidad en capas, coincidentes con las dimensiones de la persona.

En este caso los autores más estudiados son Nicolai Hartmann, Phillippe Lersch y Víktor Frankl. Con ellos se llega a comprender los alcances de la integración dinámica de la persona, que Karol Wojtyła llama “integración en la acción”. Entendiendo cómo es la dinámica interna de la personalidad se pueden distinguir, tanto de manera teórica como práctica, los dinamismos que motivan y movilizan las conductas humanas y las relaciones que hay entre ellos. Este conocimiento es fundamental cuando se trata de definir el estilo educativo que se les propone a los alumnos en clase o a los hijos en el hogar.

Fundamental es la comprensión de la diferencia entre el dinamismo psicológico –que incluye el mundo de las emociones y los sentimientos– y el espiritual –más bien relacionado con la inteligencia y la voluntad, es decir, la libertad–. Todo proceso de propuesta y consolidación de virtudes humanas dependerá, en buena cuenta, de entender esta diferencia y de saberla enseñar a niños y adolescentes.

El ejercicio de distinción de conceptos y realidades humanas sirve también para desmitificar el factor emocional, poniéndolo en un lugar clara y eminentemente humano, como un aporte fundamental para lograr la paz interior y la felicidad. Si la virtud es el resultado de la búsqueda de la integración de los dinamismos de la persona, esta no puede lograrse mediante un esfuerzo aislado de la inteligencia o de la voluntad, descontextualizado del todo humano: o se incorpora el factor emocional como una energía que posibilita desarrollar esas virtudes o todo el proceso se deshumaniza y está condenado al fracaso.

De este modo se puede entender, por más sorprendente que pueda sonar, que las emociones son un factor vital del camino de la vida virtuosa: educación emocional y educación del carácter están íntimamente unidas y es necesario saber complementar ambos procesos humanos en pos de un ideal de vida.

Las emociones entonces, aunque a veces producen grandes desafíos por la espontaneidad y fuerza –en ocasiones caótica–, están en el ser humano para ayudarlo en su misión en la vida. Comprender esta realidad hace más fácil crear una pedagogía que permita al sujeto ser dueño de sus emociones y que pueda utilizar toda esa energía en beneficio propio, es decir, en desarrollar las virtudes necesarias para ser mejor persona. Emociones y virtudes no están peleadas ni son contradictorias; todo lo contrario, se necesitan mutuamente.

Con esta premisa, la Tercera Parte está centrada en el análisis práctico de la acción, una mirada fresca sobre la manera en que se desarrollan las virtudes humanas y cómo se pueden vivir. El análisis de un proceso enfocado en que los dinamismos humanos estén en manos de la persona y que ella sea un sujeto activo y responsable, tanto de sus decisiones vitales como del disfrute de las cosas de la vida.

Se echa mano también de un concepto de gran relevancia para esta relación entre educación emocional y del carácter: la diferencia entre el “gobierno despótico” y el “gobierno político” que la persona ejerce sobre sus propios actos. Es una idea ya desarrollada por Aristóteles pero que en pleno siglo XXI cobra una actualidad total si se quiere explicar cómo se llega a ser “mejor persona y mejor ciudadano” sin perder ni la espontaneidad ni la integridad moral.

La Cuarta Parte está enfocada en un esquema que permite comprender de una manera muy interesante lo que hay detrás de cada acción humana. Se trata del concepto de conación, que surge de la pregunta “¿cómo se llega a la integración?”.

Conación es una palabra rara –una de las mil palabras más extrañas para el inglés, por ejemplo–. Pero una anécdota puede servir para comprender por qué dedicarle una parte entera de este libro. La investigación de quien escribe estas líneas sobre la

educación del carácter comenzó con algunas certezas, verificadas en la práctica: que la integración es un concepto que permite vertebrar conocimientos y actividades concretas y explicar de manera sencilla una buena cantidad de realidades educativas; que la acción humana es la forma más adecuada de realizar y verificar dicha integración, y que asimilar el esquema educativo que los norteamericanos conocen como cabeza, corazón, mano (*head, heart, hand*), es una forma práctica y eficaz de conseguir los objetivos que cualquier educador se puede plantear.

Pero había una pregunta sin respuesta, un factor capaz de despertar mucha curiosidad: ¿cómo es posible que diferentes corrientes modernas de educación utilicen esto de “cabeza-corazón-mano” –muchas veces reflejado como “conocimiento-actitud-conducta”– sin que ellas citen una fuente común?

Una situación en concreto disparó la cuestión: un equipo de trabajo, reunido en Perú durante el año 1998, y utilizando un método informal de diálogo entre expertos en educación ética o asignaturas afines, generó un modelo que incorporó una multitud de puntos en común con el movimiento de educación del carácter de los Estados Unidos, aunque los participantes no conocíamos dicho movimiento². ¿Cómo era posible esto? En el equipo, no éramos capaces de citar la fuente, pero todos estábamos más o menos convencidos de que la relación entre “mente”, “corazón” y “mano” era un esquema indiscutible: porque describía bien cómo se procede en el actuar humano y porque era muy práctico ordenar los esfuerzos educativos bajo esa secuencia.

2. Fueron reuniones preparatorias que terminaron materializándose en las Guías del Docente del programa Aprendiendo a Querer, cuna de la Pedagogía de la Integración de la Persona Humana.

De pronto investigar acerca de la clave que explicara razonablemente este gran acuerdo tácito se convirtió en algo imperioso, sobre todo para poder comprender cada aspecto del modelo y sacarle todo el provecho posible.

Después de un tiempo descubrimos, casi por casualidad, una palabra llamativa por lo rara y por la forma en que la citaban unos pocos pero muy competentes autores: conación. Y resultó que era un término frecuentemente usado en los orígenes de la psicología, durante los siglos XVIII y XIX, pero dejado de lado a inicios del XX por circunstancias relacionadas con la evolución de la ciencia y algunos prejuicios de la época. En cualquier caso, era esa extraña palabra, y todo su contenido original, precisamente, la clave unificadora que los autores modernos estaban utilizando sin citar y que daba tanto parecido a sus propuestas educativas.

La gran ventaja de la conación es que se centra en la descripción y análisis de aspectos interiores de la acción humana como un proceso. Además, tiene un origen remoto en el tiempo –relacionado con el nacimiento de la psicología–, y ya desde entonces era considerada una forma de entender mejor la integración o la forma de comportarse de los seres humanos en la práctica. Y, lo más importante, los esquemas educativos usados actualmente la reflejan de manera transparente.

El ocultamiento que ha sufrido el término conación probablemente ha aumentado la capacidad de influencia de este constructo, tanto en la formación de psicólogos y pedagogos como en las bases de nuevos desarrollos en áreas afines (como la medicina preventiva y la psicología del marketing, entre otras).

Incluso manifestaciones de cultura popular como algún dibujo animado moderno utilizan, tal vez sin saberlo, la conación como la base de su argumento³.

Los fundamentos antropológicos, la formación de las virtudes y la incorporación de la educación emocional encuentran en la conación la clave que completa un circuito educativo, convirtiendo a la Pedagogía de la Integración de la Persona Humana en una gran oportunidad para educar el carácter en las nuevas generaciones, que se mueven entre el emotivismo, la cultura *selfie* y los deseos de dejar una huella personal y original en el mundo.

En síntesis, el lector encontrará en estas páginas una combinación de conceptos filosóficos, psicológicos y pedagógicos al servicio de la comprensión y práctica del desarrollo de virtudes y valores personales, tanto si se piensa en la educación formal como en la informal, aquella que ejercen padres y madres en el hogar.

Antes de dejar paso al desarrollo, me gustaría hacer unos reconocimientos y agradecimientos. Al Instituto Cultura y Sociedad (ICS), de la Universidad de Navarra, especialmente a los miembros del Proyecto de Educación de la Afectividad y la Sexualidad Humana, que han hecho posible esta investigación. A Jokin de Irala, Christine de Vollmer, Aurora Bernal y Eduardo D'Agostino, personas de campos diferentes que siempre han tenido un interés común: la buena educación de los niños y adolescentes del mundo. Y a Mónica y nuestros seis hijos, porque un hogar es el verdadero "laboratorio" en el que investigaciones como estas han cobrado cuerpo y deben ser pulidas y mejoradas.

3. Por ejemplo, Titán Simbiónico (su título original *Sym-Bionic Titan*), una serie estadounidense emitida entre los años 2010 y 2011, creada por Gendy Tartakovsky para Cartoon Network. La serie está enfocada en el trío conformado por una princesa extraterrestre ("el corazón"), un soldado rebelde ("los músculos") y un robot ("el cerebro"), quienes se combinan para formar al Titán Simbiónico.